

Amar tanto los libros

El paraíso instantáneo

Herminia Luque



Feria del Libro de Málaga

Amar tanto los libros

El paraíso instantáneo

Herminia Luque



Feria del Libro de Málaga

Edita e imprime: CENTRO DE EDICIONES DE LA DIPUTACIÓN DE MÁLAGA
Cubierta: PILAR GARCÍA MILLÁN
Maquetación: ÁNGELA ALMAGRO, CEDMA
Depósito Legal: MA-469-2016

Me he permitido la licencia de parodiar con el título de esta disertación el de mi propia novela, *Amar tanta belleza* (título, como saben, tomado en préstamo de un verso de la escritora áurea María de Zayas). No es un mero guiño irónico –o narcisista podría pensar algún espíritu malicioso–. Estas palabras apuntan a una realidad incontestable, decisiva en mi existencia (algo que carecería de importancia si no fuese la razón de que estemos aquí, ustedes y yo, celebrando esta fiesta del libro). Hablo de la pasión por los libros, pasión sin duda compartida por muchos de los presentes; una pasión extraña y absorbente, rara y magnífica, aditiva y adictiva también. Esto último lo sabía la escritora Teresa de Cepeda y Ahumada, a la que le gustaban, como a su madre, los libros de caballerías. Nos confiesa que los devoraba, a pesar de que a su progenitor no le gustaba que su familia los leyese:

(...) parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi

padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento.

Teresa de Ávila leía con pasión libros de caballerías. Y no perdió el seso por ello. (Al parecer, incluso, escribió un libro de caballerías en colaboración con su hermano).

Con pasión leía también una jovencísima Gertrudis Gómez de Avellaneda, así nos lo asegura en su autobiografía. La que se convertirá en una de las figuras más importantes del Romanticismo español, devoraba novelas, poesías y comedias. Y su madre le reñía por preferir la lectura y rehuir la sociedad, descuidando su adorno, es decir, descuidando su principal deber como jovencita casadera, el estar guapa.

La pasión por los libros afecta tanto al contenido como al continente. Pues los libros son, ante todo, objetos materiales y, en cuanto tales, susceptibles de ser deseados por sus características físicas. Me refiero, claro está, al concepto clásico de libro, no a esa fútil cacharrería tecnológica a punto siempre de caducar: dispositivos electrónicos de diverso formato que nos permiten leer y son útiles por ello, pero que no son en puridad libros. Artefactos que no otorgan el placer de la posesión, tan solo el servicio efímero de una

lectura precaria. Como ha apuntado con sagacidad la escritora Marta Sanz, el *e-book* no responde a una necesidad real o una necesidad futura que deba ser cubierta, como sí lo hacen el teléfono o el automóvil. El libro, en su formato tradicional, cumple maravillosamente bien las finalidades para las que fue inventado. Y es perfecto desde el punto de vista formal, tanto como la cuchara o la rueda, objetos perfectos en sí mismos y poco susceptibles de ser modificados o sustituidos por otra cosa.

Nada hay comparable al placer de pasar las hojas de un libro bellamente impreso, con un papel de calidad, con una tipografía y un diseño gráfico cuidados. Pero, hasta si los libros son de mediana e incluso de ínfima calidad, permiten –autorizan podríamos decir– otros placeres: el de subrayar con lápices o con rotuladores fluorescentes las frases más significativas, los párrafos más jugosos; el placer de escribir notas, escolios o comentarios, si no siempre eruditos, al menos críticos o jocosamente personales; el placer de hacer “orejas de perro”, esos dobleces que nos indican en qué página hemos dejado la lectura o dónde está esa frase que nos ha llamado tanto la atención. Sobre estos, está el puro placer de tener un libro; un libro que, si lo amas, es tan tuyo como el dibujo de la hélix de tu oreja o la huella que dejó en ti el cordón umbilical.

Un libro nunca está solo. Posee una vocación inequívocamente humana ya que forma familias, crea vínculos amicales, constituye tribus, clubes, parroquias; arma camarillas y facciones. Los libros se llaman los unos a los otros, están conectados entre sí; un libro siempre nace de otro, que a su vez ha surgido de otro o de muchos más. Un libro, como un niño, le debe su carne y su sangre a muchas generaciones, a la humanidad entera.

Un libro de un autor llama a otros libros escritos por ese mismo autor.

Un libro de un género llama, indefectiblemente, a otros de ese mismo género –eso lo reconocerán sin duda los afectos a la novela negra o al teatro leído.

Un libro de una época convoca a otros autores que vivieron en esa época. O en una misma geografía. O en una determinada corriente literaria. E incluso en una misma familia: así Charlotte Brönte llama a sus hermanas Anne y Emily (o viceversa).

Las convocatorias de libros se llaman bibliotecas. Unas son oficiales, otras aleatorias, es decir, privadas. Las bibliotecas

hablan de los que las han formado, de quienes han comprado y leído esos libros. Nada hay más elocuente que una casa sin libros. (Es fama que en la residencia de un dictador contemporáneo no había ningún libro, ni un triste atlas siquiera; las únicas letras que trazaba ese dictador eran las equis de las quinielas y las seis de su firma a pie de sentencia de muerte).

Las bibliotecas públicas son islas de lo necesario, reductos perfectos para encontrar el tiempo o el libro perdidos, ese ejemplar que el mercado te niega o que solo existe para que tú lo encuentres. En ocasiones también se produce en ellas el feliz encuentro de los lectores de la biblioteca y los escritores, es decir, el encuentro entre lectores solitarios y lectores cómplices (de eso sabe mucho Cristina Consuegra).

Por desgracia, sé que ya no perteneceré al “club de los veinte mil”, esa hipotética asociación de afortunados poseedores de más de veinte mil volúmenes. La relativa modestia de mi biblioteca –no más de cuatro mil volúmenes– me aflige. Los amigos de verdad, como mi amiga Eloísa Fernández, son los que te ayudan a aumentar esa felicidad particular llamada biblioteca. Siempre recordaré con gratitud los libros que me ha regalado, como ese curioso libro de 1907 titulado *La*

mujer moderna en la familia o, más recientemente, uno de Margaret Atwood, una de mis escritoras favoritas.

A veces añoro los libros que no compré; libros de saldo que ya no están a mi disposición, libros que ya no me podrán dedicar sus autores, libros raros que no volveré a ver. Como ese tratado sobre el fuego de Madame du Châtelet, que vi en Alcalá de Henares; o el catálogo de la exposición celebrada el año pasado en Bolonia, *Felsina pittrice* (donde contemplé obras de las pintoras Elisabetha Sirani y Lavinia Fontana).

Porque los libros han de ser comprados y, a ser posible, no ser prestados. Cada cual debe hacerse cargo, como de sus hijos, de sus saberes, es decir, de sus libros. Y pagar a esos benefactores del género humano que son los librereros, los editores, los autores e incluso los distribuidores. La gorronearía de los libros ya existía en el Siglo de Oro. En un texto previo a las *Novelas amorosas y ejemplares* de Zayas, se clama contra los que gorronean los libros, leyéndolos en los propios establecimientos de venta o pidiéndolos prestados. Indigno le parece ese “*leer de estafa y estudiar de mogollón por no gastar*”. Ese leer de gorra se llama ahora piratería, denigrándose, no obstante, con esta denominación el noble oficio de los piratas, tan novelesco. Hasta hace poco el archienemigo

era la fotocopia. Los libros, esos “*libros dóciles*”, como escribió María Zambrano, se dejaban copiar, martirizar sus lomos, agredir sus páginas con esos fognazos lábiles y repetitivos de las máquinas fotocopiadoras.

Libros dóciles que se dejan escribir, cuando nadie los pide. Que se escriben a despecho de las circunstancias. “*Los perros ladran; la gente interrumpe; hay que ganar dinero; la salud falla*”. Eso afirma Virginia Woolf. Y sin embargo se escriben. Pues todo se hace por leer un libro, incluso escribirlo. Por el vicio de la lectura, *The Vice of Reading*, como escribió Edith Wharton.

En una carta, Josefa Jovellanos escribía a su famoso hermano acerca de la lectura:

(...) los momentos que logro estar libre de toda especie que me domine y con un libro de mi gusto en las manos, ya en la cama, ya encogida junto a la estrecha ventana de la celda, donde solo se ve el cielo y oye el ruido de algún pajarillo, soy tan feliz que no me cambio por todo el mundo.

Más conmovedor, si acaso, es la experiencia lectora de un personaje de ficción, Jane Eyre, que nos muestra la protección

que pueden proporcionar los libros en una infancia desvalida (¿acaso no lo son todas las infancias?). Sentada en el alféizar de la ventana, oculta por las cortinas, la niña lee fascinada la introducción de un libro de ornitología. La lectura de nombres de lugares norteños (Laponia, Siberia, Islandia, la isla Spitzberg) excita su imaginación y la consuela de su terrible condición de huérfana y de víctima del acoso de sus pariguales.

Otro personaje lector es Feíta (nombre hipocorístico de Fe, no adjetivo), personaje que quizá sea trasunto de la propia autora, Emilia Pardo Bazán. Feíta ha leído mucho y de forma desordenada. Su cabeza, dice el narrador, es “*el caos e islas adyacentes*”. Pues ha devorado todo cuanto caía en sus manos “*ávidamente, con prisa, sin discernimiento, tragando, cual los avestruces, perlas y guijarros en revuelta confusión*”. Ella “*ha recorrido toda la escala bibliográfica*”. No lo ha hecho buscando la evasión: a ella la embriaga el deseo de saber. Otras lectoras (también de ficción) persiguen, entre las páginas de un libro, las fantasías del amor, las invenciones del deseo. Tal es el caso de la archifamosa señora Bovary. O de Clotilde, personaje de una novela de Ángela Grassi (escritora decimonónica española), que sueña el amor de la mano de sus heroínas literarias:

(...) Clotilde, llena de imaginación de las frívolas novelas que se fabrican en el día, partos infelices de autores sin genio y sin conciencia, soñaba con parecerse a todas sus heroínas (...) ella quería imitar a las mujercillas despreciables que sólo la perversión de todo sentido moral puede convertir en heroínas.

Maritornes, aunque no sabía leer, también encontraba placer en las peripecias de las heroínas librescas. En este caso, heroínas de los libros de caballerías. Ella, como el ventero o los segadores, escucha la lectura del que sabe leer y así nos dice:

(...) yo también gusto mucho de oír esas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

En un sentido más intelectual, goza el personaje de la reciente novela de Lola López Mondéjar, Dolores Schiller. Quien dice literalmente: “*Gozaba del texto y de la imaginación*”. Ella, hija a su vez de otra Lola, Dolores Haze, la Lolita por antonomasia.

La embriaguez de los libros, tan reprensible para teólogos y moralistas de la Edad Moderna es, sin embargo, la más deseable de todas las embriagueces. Pues la del alcohol es efímera, la del poder idiotiza. Y la del amor es rara.

Los libros, carne inmortal, cuerpo abstracto de la cultura, se convierten en conocimiento encarnado y a la vez estilizado, abstraído del *continuum* feroz de la existencia, del flujo indiscernible de las cosas. Los libros son, ante todo, conocimiento. Y el conocimiento quizá sea el valor más importante para el ser humano, en verdad un meta-valor. La científica y ensayista Rita Levi-Montalcini nos dice en un libro escrito a los noventa y cinco años (y revisado poco antes de morir, a los ciento tres de su edad) lo siguiente:

El conocimiento es por definición un bien; tal vez el bien supremo del hombre, ya que sin él no pueden existir los otros valores fundamentales a los que apelamos.

Letras y conocimiento, libros y saber nos parece que siempre han estado unidos. Pero no es así. A medida que se desarrollaban las culturas escritas coexistían, asimismo, formas legítimas de conocimiento estrictamente orales; algunas de estas formas, incluso, se consideraban superiores

a las fijadas por la escritura. De este modo, el dicho latino *verba volant, scripta manent* (las palabras vuelan, lo escrito permanece) habría que entenderlo justo al revés de como lo interpretamos: no que las palabras dichas son fugaces, sino que son más ricas; la palabra escrita es sólo lo que está fijado, carece de una cálida voz que la amplíe y la acerque al oyente.

La joven Tawaddud, protagonista de uno de los cuentos de *Las mil y una noches*, es el símbolo de esa tensión entre cultura escrita y oral. Pues si su formación es libresca, siendo versada en “*el arte de descifrar escrituras antiguas*”, su sabiduría se muestra en la recitación, en el canto, en la declamación y, sobre todo, en la disputa con los sabios a los que vence y despoja de sus mantos. De la propia Sherezade se dice tiene más de un millón de libros, aunque luego se alaba sobre todo su elocuencia y el arte de su conversación. (De *Las mil y una noches* yo diría, como un personaje de un relato de Lucia Berlin, que es el es “*el primer libro de verdad que leí, el primero del que me enamoré*”; en este caso, en una versión infantil de Bruguera, con las tapas amarillas). Tawadud se transformará, en la tradición literaria española, en la doncella Teodor, una intrépida amazona del conocimiento.

En una cultura donde los libros viajan a un lado y otro del Atlántico, sor Juana Inés de la Cruz nos habla de su vehemente y poderosa inclinación a las letras. La escritora novohispana se queja, en su famoso soneto, de que procuró siempre poner *belleza* en su entendimiento, *riqueza* en su pensamiento. Y el mundo, es decir, la sociedad de su tiempo, se lo reprocha...

Más de un siglo antes, Louise Labé había escrito que, si hay algo digno de recomendarse, “*es el placer de las letras que el estudio nos procura*”. Ella insiste en el goce, en el disfrute que proporcionan las letras.

Y a comienzos del siglo XV, Christine de Pizan mostraba cómo su estudio, el lugar donde se retira a leer y a pensar, (*chambre de retrait*, retrete en el Siglo de Oro), es también el lugar donde entretenerse con lecturas placenteras. Con la poesía e incluso con opúsculos de menor entidad. En su estudio se le aparecen tres grandes damas: Razón, Derechura (o Rectitud) y Justicia, quienes la conminan a construir una hermosa ciudad en el Campo de las Letras...

Para Madame de Staël, el estudio posee todas las características de una pasión, excepto aquella que nos causa todas las desgracias: la dependencia de los demás y de los avatares del

destino. Escribe en un libro publicado en 1796:

Ya sea con la lectura o con la escritura, el espíritu realiza una labor que le permite experimentar su capacidad de precisión o los límites de su entendimiento, y ello sin que ningún pensamiento de amor propio venga a deslucir esta satisfacción, que es tan real como el placer que experimenta el hombre robusto al ejercitar el cuerpo en proporción a sus fuerzas.

Conocimiento, letras, placer, una tríada capitolina invencible.

Las ideas brotan de los libros, se desarrollan, viven en ellos; en ellos despliegan su vivacidad. De hecho, como nos recuerda la filósofa Hannah Arendt en una nota a pie de página de *La condición humana* (Arendt es la mejor escritora de notas a pie de página que conozco), la palabra *idea* originalmente estaba relacionada con los aspectos visibles de los seres vivos. Las ideas nunca son letra muerta en los libros: semillas, en todo caso, esperando, en el depósito del Ártico, una futura resurrección.

Lo peligroso es adjudicar la verdad a un solo libro, la existencia de un solo libro, un libro como depositario único de una verdad irrefutable, de todas las verdades, de la verdad.

Lo valioso es reconocer que muchos libros, todos los libros, los libros forman parte de una imprescindible formación humanística. En un sentido pragmático, Martha Nussbaum señala que, para relacionarnos bien con el mundo, necesitamos el concurso de la “*imaginación narrativa*”, es decir, mirar el mundo a través de los ojos del otro, que es, en suma, ponernos en el lugar del otro. Y eso lo conseguimos a través de las artes y de las humanidades, dice la pensadora norteamericana. A través de los libros, añado yo.

En un sentido más poético, Ana María Matute ha hablado sobre ese doble viaje del tú al yo, de uno mismo a los otros que es la literatura:

Esta búsqueda del reducto interior, esta desesperada esperanza de un remoto encuentro con nuestro yo más íntimo, no es sino el intento de ir más allá de la propia vida, de estar en las otras vidas, el patético deseo de llegar a comprender no solamente la palabra “semejante”, que ya es una tarea realmente ardua, sino entender la palabra “otro”. Es el camino que un escritor recorre, libro tras libro, página tras página, desde lo más íntimo a lo más común y universal. Sólo así lo personal se vuelve lícito.

Hay libros de infancia, libros de juventud, libros de madurez:

libros para cada edad, casi para cada tramo de la edad –como en las pirámides demográficas: un libro, mil libros apropiados para cada lustro—. Entre el segundo y el tercer escalón, entre los nueve y los doce años, yo incluiría los de Enid Blyton, fantásticas aventuras protagonizadas por niños. Libros imposibles de escribir hoy en día porque, en nuestra sociedad, los padres de *Los cinco* estarían bajo la vigilancia de los servicios sociales. O qué progenitores medianamente responsables dejarían a hijos de once, doce años acampar solos, partir en bicicleta en viajes de varios días, enfrentarse a contrabandistas, desenmascarar traficantes de droga... O ir en bote a una isla azotada por fuertes oleajes, esa isla de Kirrin que aparece en un maravilloso poema de Aurora Luque:

*(...) la isla de Jorgina
historia fabulosa de una infancia
a punto de perderse (...)*

Poema que finaliza con la magnífica intuición de que los libros pueden ser “*reloj o calendario/exacto y enigmático del cuerpo*”.

No hay, empero, libros de senectud: el que lee es siempre joven, abierto como ha de estar al deseo de ir más allá, de

continuar, con la curiosidad de saber qué pasa en la línea siguiente, en la hora siguiente. Hay una brisa de esperanza en cada párrafo que se descifra, en cada página que se pasa: nunca melancolía, en contra de lo que pudiera pensarse, pues la lectura siempre nos lleva, en un sentido lineal, hacia delante, hacia lo no leído; en un sentido literal hacia el futuro, ese espacio luminoso en el que se entrelazan lo posible con lo imposible, el vértigo de ser y simultánea, cuánticamente, no ser...

El que lee ha detenido su reloj espacio-temporal. Envejecer es desgastar las estructura que protegen los extremos de nuestros cromosomas o telómeros (es información que recojo de la investigadora española María Blasco). Los telómeros apenas se desgastan mientras estamos leyendo pues, en una fracción de segundo, estamos viviendo en otro universo, somos otra persona, contemplamos otro paisaje. Es una economía vital pasmosa, única, y en ningún sentido vicaria o de segunda fila. El que lee vive perennes instantes de eternidad.

En las leyendas se busca la inmortalidad con forma de flor azul, de copa o de pócima. Y sin embargo la inmortalidad está en los libros, ellos nos la enseñan. Los libros, en su relativa

insignificancia material (pulpa de celulosa adiestrada) nos hablan de la inmortalidad de las cosas efímeras. De la permanencia de lo fugaz. De la inextinguible vocación de permanencia de los anhelos humanos.

Paradójicamente, los primeros soportes de la escritura, las tabletas de arcilla, son mucho más resistentes que nuestros libros de papel (no digamos ya que los libros hijos de una tecnología digital tan frágil como obsolescente). Al cocerse esa arcilla, de forma intencionada o accidental, se convierte en un material cerámico extraordinariamente duradero.

En algunas de esas tablillas se ha conservado el que quizá sea el primer nombre propio de un creador literario: la princesa acadia Enheduanna, que vivió hace más de cuatro mil años. Gran sacerdotisa, en los himnos que dedica a la diosa Inanna, exalta su poderío como señora del cielo y de la tierra

Todavía faltaban muchos siglos para que apareciesen las escrituras alfabéticas. En la tradición latina hay una inventora para las letras, la mítica Nicóstrata o Carmenta. La “*subtil, sabia y noble Carmenta*” que, según un opúsculo de 1699, realizó “*la mayor invención que jamás fue en el mundo inventada*”, los “*caracteres de las letras*”.

La escritura, según una dama dieciochesca, doña María Reguera y Mondragón es:

Un arte que nos pone en la Sociedad de los ausentes y de los muertos, de los más remotos países y edades (...), que nos franquea la inestimable familiaridad con los más ilustres y retirados Filósofos; un arte, en fin, que fijando lo volátil de las palabras y reuniéndolas con reflexión y método forma el tesoro y almacén de las ciencias, sin el qual se verían reducidos a la mayor pobreza los conocimientos humanos...

Aunque en algunas épocas los métodos de enseñanza de la lectura eran más bien disuasorios. Amelina Correa, catedrática de la Universidad de Granada, recoge este testimonio de una monja granadina del Setecientos:

(...) mi padre (...) dispuso que el licenciado de mi hermano cuidara de darme lección. Este lo hacía, pero castigándome diciéndome: la letra con sangre entra; y a poder de tirones de orejas quería lo aprendiera. Un día fue tal que me hizo sangre. Mi padre como me vio triste y las orejas lastimadas, me mandó le dijera lo que era aquello. Se lo dije y me dijo estaba bien hecho pero a solas le riñó a él mucho (...)

La letra no entra con sangre ni con sudor ni con lágrimas. Se aposenta en nuestra mente, persuasiva, de mano de la imaginación, esa “*loca de la casa*”, como señalaba no hace mucho Ana Gavín en una entrevista televisiva, resaltando, además, que el libro es uno de los inventos más maravillosos que se han hecho. De eso he tratado de hablar aquí.

Para terminar, haré una lista de cosas, al estilo de Sei Shonagon, la prosista japonesa del siglo X. Una lista con diez cosas agradables sobre los libros:

Los libros siempre están ahí cuando los necesitamos; nunca nos preguntan por qué hemos tardado tanto en llegar ni con qué otro libro hemos estado antes.

Son excelentes contenedores de cosas planas: tiques de compra (de los propios libros), entradas de museos, tréboles de cuatro hojas; en otro tiempo incluso cabía en ellos la Tierra.

Los libros son una trampa para el caos; ordenan el mundo con la lógica implacable de los sueños, implantan las leyes de la justicia poética, establecen la perfecta armonía de lo inexistente.

Coleccionar libros es acaparar sueños, tesaurizar instantes.

Los libros no consumen electricidad, no se les gasta la batería; en ellos, los emoticonos han sido secuestrados o incluso asesinados.

No contienen grasas saturadas, ni gluten ni siquiera glucosa...

Son tan valiosos que ni la suma de todos los libros estúpidos, perniciosos o malvados ha podido con ellos.

Los libros son el sucedáneo de inmortalidad más inofensivo que conozco; las demás formas de inmortalidad, o son ofensivas para la inteligencia o dan miedo.

Los libros son ampliaciones infinitas del universo, que es finito (aunque ilimitado).

Los libros, a diferencia de muchos mortales, tienen vida propia.

Libros, paraíso instantáneo, el paraíso ya, en cualquier preciso instante.

El paraíso ahora en las azuladas márgenes –palmeral geométrico, ribera portuaria, paseo intensamente humanizado– de la *ciudad del paraíso*.

Los libros nos esperan en esa frontera precisa que dibujó María Victoria Atencia en un verso: *a este lado del paraíso*.

Muchas gracias.

Málaga, 29 de abril del Año del Azúcar (2016)

la edición de

Amar tanto los libros
El paraíso instantáneo

por *Herminia Luque*

compuesta en caracteres *caslon*,
baskerville y *goudy*, consta de
350 ejemplares impresos en los
talleres del centro de ediciones
de la diputación de Málaga. La
presente entrega se ha tirado hoy,
23 de abril de 2016, con motivo de
la XLVI feria del libro de Málaga.



XLVI FERIA DEL LIBRO DE MÁLAGA
ABRIL/MAYO
2016